

Reseñas bibliográficas

Laura Benítez Grobet, *Descartes y el conocimiento del mundo natural*, Porrúa, México, 2004, 160 pp.

Ante la reciente aparición de este libro, surgen dos preguntas básicas: ¿cuál es la aportación de la obra *Descartes y el conocimiento del mundo natural* al vasto panorama de la literatura interpretativa de Descartes? y ¿qué significa este nuevo producto en la trayectoria de los estudios cartesianos que prolijamente ha desarrollado su autora?

La primera cuestión es pertinente toda vez que Descartes pertenece, sin duda, al círculo de autores que generan continuamente, y a pesar de las modas filosóficas, abundante literatura interpretativa. Hay que considerar que, en efecto, los diferentes temas cartesianos brindan materia de estudio tanto a los especialistas interesados en las diferentes áreas que componen la filosofía, como a investigadores de otras disciplinas: matemáticos, psicólogos, físicos, etc. ¿Cuál es, pues, la contribución de este libro ante la numerosa oferta de estudios cartesianos? La respuesta, me parece, se encuentra en el tratamiento que integra, de manera rigurosa, una concepción metodológica de la historia de la filosofía al estudio fino, detallado y puntual del pensamiento cartesiano.

En este sentido, Benítez muestra su adhesión a la idea del historiador de la filosofía que Cassirer cultiva, de acuerdo con la cual: “la historia de la filosofía [...], así como nunca podrá renunciar a su aspiración a lo general, [...] debe penetrar [...] en los casos particulares y concretos, en la última minucia de los detalles históricos, de tal modo que el ahondamiento en ellos sea capaz de brindar y garantizar la auténtica generalidad”.¹

Paralelamente, como historiadora de la filosofía, una idea medular de Benítez consiste en que no le es permitido al historiador ir al encuentro de su objeto de estudio sin poseer un marco de fondo que oriente y dé sentido a sus hallazgos; asimismo, a la inversa: sin el estudio de detalle, sin el análisis fino del caso concreto, no es lo posible sustentar marco alguno.

De este modo, en la obra que aquí presentamos —básicamente, en el primer capítulo— su autora propone la noción de *vía reflexiva* para el estudio y la interpretación de la filosofía en su historia. De acuerdo con Benítez, el estudio del pensamiento filosófico debe ser capaz de explicar tanto los cambios, como la permanencia de los problemas filosóficos, a través del tiempo. La permanencia debe explicarse mediante recursos que permitan al historiador recoger la ruta de continuidad que articula dichos problemas, eludiendo la rigidez que implica el encuadrar los desarrollos del pensamiento en los periodos cronológicos establecidos. Para explicar tal permanencia es menester explicitar las nociones y los supuestos básicos que tienen en común diversos problemas de la filosofía *a través de distintas épocas históricas*; de modo que los supuestos básicos de la filosofía moderna no se alojan exclusivamente en la Época Moderna, ni se agotan en ella. Pero, al mismo tiempo que explica la

¹ Ernst Cassirer, *Individuo y cosmos en la filosofía del Renacimiento*, Emecé, Buenos Aires, 1951, p. 18.

permanencia, el historiador debe dar cuenta de los cambios, de la discontinuidad en el pensamiento. Para alojar ambos aspectos, la *vía reflexiva* concibe las rutas del pensar como grandes caminos o sendas, en analogía con las redes carreteras. Así como éstas poseen rutas predominantes durante largos tramos, también suelen estrecharse o bloquearse para reaparecer después con amplitud. La interconexión de las teorías y el surgimiento de propuestas innovadoras, o bien renovadas, guarda analogía con la concurrencia de nuevas ramales con otras viejas de una red carretera que contiene múltiples entronques.

Al entender el desarrollo del pensamiento y, en particular, la cultura filosófica como “una compleja red de vías reflexivas que construimos, ensanchamos o angostamos”,² Benítez se opone a la idea de que el saber filosófico avanza en una marcha evolutiva, describiendo un sentido “unidimensional”, “unidireccional” y “discontinuo”, como lo suponen algunas concepciones de la historia del pensamiento que asumen su desarrollo como la mera “superación” progresiva de teorías, donde algunas desaparecen para siempre y otras parecen surgir de la nada. En esta forma de entender el desarrollo del pensamiento, no sólo se explican la permanencia y el cambio al detectar el supuesto básico que subyace en el trasfondo de varias tendencias y escuelas, incluso rivales; también pone de manifiesto el “estilo del pensar” o conjunto de compromisos teóricos que conforman el terreno u horizonte reflexivo de una época. Así, esta propuesta metodológica se convierte en una herramienta de trabajo para el historiador, por cuanto le permite proponer hipótesis coherentes para la interpretación de los temas en estudio. En efecto, la identificación del “estilo del pensar” al que se adscribe la teoría que se examina (o un grupo de ellas) hace posible su caracterización precisa y reduce el riesgo de interpretaciones anacrónicas o descontextualizadas, pues contribuye a ubicar los planteamientos y las teorías en análisis dentro del “horizonte” o terreno conceptual que les corresponde.

De esta manera llegamos a la segunda de las cuestiones propuestas al inicio, es decir, ¿qué significa esta obra en el conjunto de los numerosos estudios cartesianos realizados por la autora? En mi opinión, esta obra representa la confirmación ostensiva de la fertilidad de la herramienta empleada. Así, aunque ya Benítez exponía en otra de sus obras que la acción de historiar se antoja una labor absurda y azarosa cuando no se tiene una perspectiva definida y se carece de herramientas metodológicas y de hipótesis guía,³ la aplicación efectiva de su propuesta como historiadora se lleva a cabo aquí. En escritos anteriores ya había señalado su interés por presentar al Descartes científico, impulsor de la nueva ciencia; pero en *Descartes y el conocimiento del mundo natural*, esta preocupación alcanza, con creces, su meta, pues aquí encontramos una lectura que nos permite articular coherentemente las diferentes facetas del pensamiento cartesiano, al servirse de la noción de *vía de reflexión epistemológica* como herramienta metodológica. Como resultado de esta aplicación, encontramos, primero, un amplio marco metafísico, en cuyo núcleo reside el dualismo sustancial y se alojan los principios ontológicos y epistemológicos básicos de la filosofía cartesiana. Pero, para transitar de las concepciones muy generales y abstractas de este primer marco, Descartes constituyó un marco geométrico-matemático, como un conjunto de postulados desde el cual dio la base

² Laura Benítez, *Descartes y el conocimiento del mundo natural*, p. 5.

³ Véase Laura Benítez, *El mundo en René Descartes*, Instituto de Investigaciones Filosóficas-UNAM, México, 1993, p. 7.

a sus concepciones de espacio y de materia. Las propiedades geométricas de la materia —i.e. divisibilidad y extensionalidad— tienen su contrapartida física, el plenismo y el corpuscularismo, los cuales constituyen, a su vez, los elementos de partida de su propuesta cosmológica. Encontramos, pues, una serie de marcos o “recortes” teóricos que constituyen la fina arquitectura del entramado conceptual cartesiano, el cual, si bien no está libre de los problemas y callejones sin salida que la autora nos permite ver, sí presenta el sostén articulado y coherente que Descartes persiguió para su filosofía.

Así, aunque los temas abordados recorren, sobre todo, las líneas física y cosmológica —planteadas en los primeros capítulos—, esta obra, producto de la madurez intelectual de la autora y de su profundo conocimiento del filósofo, proporciona una auténtica guía para leer de manera articulada, con un estilo directo, ameno y ágil, algunos problemas centrales de la filosofía cartesiana —dualismo, escepticismo, nociones de infinito y de espacio—; tal es, a mi juicio, el privilegio que proporciona al lector esta valiosa aportación.

ALEJANDRA VELÁZQUEZ ZARAGOZA

*Escuela Nacional Preparatoria/Facultad de Filosofía y Letras
Universidad Nacional Autónoma de México
avelazquezz@hotmail.com*

M.R. Bennett y P.M.S. Hacker, *Philosophical Foundations of Neuroscience*, Blackwell, Oxford, 2003, 461 pp.

Philosophical Foundations of Neuroscience es un libro escrito por el prestigiado neurocientífico M.R. Bennett y el reconocido filósofo wittgensteiniano P.M.S. Hacker. Representa, podemos afirmarlo, uno de los esfuerzos más serios que se han hecho por esclarecer muchos de los malentendidos, sinsentidos y errores conceptuales que afectan actualmente a lo que ellos denominan “neurociencias cognitivas” y, más en general, a los que aceptan las posiciones filosóficas herederas de uno u otro modo de los grandes lineamientos de la tradición idealista, tanto cartesiana como empirista.

Habría que empezar por reconocer que la idea que tuvieron Bennett y Hacker de escribir un texto en colaboración es sumamente acertada, porque, por un lado, Bennett se expresa en un lenguaje accesible para quien no está familiarizado con las neurociencias y explica con lujo de detalle lo que sostiene algunos de sus más importantes forjadores y, por el otro, Hacker analiza, desde la muy acertada perspectiva wittgensteiniana, qué de lo que dicen los neurocientíficos tiene sentido o simplemente carece de él, qué es claro, qué responde a un enredo conceptual, qué tiene un genuino contenido científico y qué no. Así, lo que ellos hacen es abordar con los mismos términos que utiliza el científico temas filosóficos tan diversos y complejos como la sensación, la percepción, el conocimiento, la memoria, la creencia, el pensamiento, la emoción, la volición, la conciencia y la autoconciencia. El panorama es, pues, de una riqueza extraordinaria.